

Homilía en la Misa Exequial y Entierro de Mons. D. Antonio Ceballos

S. A. I. Catedral de Cádiz. 23 de septiembre de 2022

/Mt 11,25-36 – 1Jn 3,14-16 – Sal 22/

Queridos hermanos arzobispos, obispos, sacerdotes y diáconos, consagrados, autoridades, seminaristas, laicos todos, familia de D. Antonio, pueblo santo de Dios:

El pasado día 21 de septiembre fallecía en su residencia de Jaén D. Antonio Ceballos, nuestro querido obispo emérito, Fue una verdadera conmoción entre nosotros y un quebranto doloroso, aunque no nos sorprendiese demasiado, dado su estado de salud. Desde entonces lo hemos encomendado al Señor y orado por su eterno descanso, al tiempo que nos invadían los recuerdos de momentos pasados o de gracias recibidas.

Con vosotros y con toda la Iglesia, quiero dar gracias a Dios, en primer lugar, por la vida y el ministerio de D. Antonio. Ha sido un hombre humilde de verdad y enormemente bondadoso, que ha dejado un rastro de vida evangélica, de pastor bueno, entregado a todos, siempre orante, de piedad profunda y sincera. Podríamos decir que ha sido un hombre de Dios, cuyo ministerio sólo puede entenderse desde la clave y la lógica evangélica del “servicio”, según las palabras de Jesús: “El que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero será esclavo de todos” (Mc 10,43-44). Esta es la ciencia escondida que el Padre ha revelado a la gente sencilla (cf. Mt 11,25-36), a quienes, imitando a Cristo, se hacen mansos y humildes de corazón.

D. Antonio ingresó en el seminario de Jaén y, ordenado en 1962, ejerció después como sacerdote párroco, profesor, director espiritual del seminario y luego rector, canónigo y Delegado para el clero. Doctorado en la Universidad de Granada, después de ejercer con responsabilidad el ministerio sacerdotal en Jaén, el día de la Encarnación del Señor de 1988 fue ordenado obispo en la Catedral de Ciudad Rodrigo y allí pastoreó a su grey hasta 1993. Había sido también vocal de la Comisión Episcopal del Clero. En 1991 visitó un buen número de seminarios mayores españoles como visitador apostólico, delegado por la Santa Sede. Durante unos años organizó unos famosos cursos de renovación sacerdotal en Salamanca, con gran participación y aprovechamiento de los asistentes. Finalmente, vino a Cádiz y Ceuta –nuestra casa y desde entonces también la suya para siempre— donde ejerció desde su designación en el año 1993 hasta octubre de 2011, cuando el Santo Padre aceptó su renuncia por edad.

En esta misma Catedral presidió al Pueblo de Dios en la Caridad de Cristo, exhortó en nombre de Dios a vivir la santidad, que es el mayor exponente de la caridad de Dios, y celebró la liturgia y los Sacramentos. En este mismo templo celebramos también con él, en abril del 2013, sus bodas de plata episcopales. Recordamos ahora la importancia de su pastoreo que fue decisivo en la aplicación

del Concilio Vaticano II, fiel a los impulsos renovadores del magisterio, abierto a la nueva evangelización, y en una orientación de la vida pastoral que afrontaba ya un cambio cultural que llega hasta hoy. El Sínodo Diocesano que él convocó dejó en el año 2000 una impronta y unas directrices de trabajo que están aún presentes en la vida diocesana. Sería interminable relatar ahora 18 años de gobierno pastoral, su atención a los pobres, su impulso a la pastoral con los emigrantes, etc., pero no es necesario, porque en la Diócesis de Cádiz y Ceuta sabemos que dejó lo mejor de sí mismo, entregó su propia persona y su vida, por lo que siempre le tendremos presente con gratitud y cariño. Muchos le agradecen su consejo y su consuelo; otros fueron fortalecidos en la fe para ser testigos de Cristo en el mundo y son conscientes de haber recibido con su persona un regalo del Señor, un pastor según su corazón. Ahora, descansa en paz. Las palabras de Jesús en el evangelio nos hacen pensar en él y nos confortan: “*Venid a mí los cansados y agobiados... y encontraréis vuestro descanso*”. Puesto que cargó dócilmente con su yugo, el Señor fue siempre su descanso, y, en medio de las actividades y problemas, el Hijo que revela al Padre se lo hizo llevadero aquí y lo recompensará allí, en su presencia. Descanse en el Señor de sus fatigas apostólicas, de sus trabajos y de la purificación última con que fue probado en las enfermedades de la vejez.

El curso pasado, consciente de su próximo fin, fue como despidiéndose, repartiendo recuerdos, objetos de su propiedad —alguna mitra, ornamentos, un pectoral y un anillo pastoral— en Jaén, Ciudad Rodrigo, Cádiz y Ceuta, dejando así un último testimonio de su cariño con aquellos lugares donde se sentía vinculado. Mons. Ceballos ha sido muy querido en todas partes: en Jaén, su tierra natal; en Ciudad Rodrigo y en Cádiz y Ceuta. Por todo ello en esta familia diocesana, ciertamente, le sentimos como padre (cf. ChD 28) y lloramos ahora su partida.

Lo decisivo para nosotros, sin embargo, es que ha representado a Cristo, ha sido su sacramento. Su corazón estaba en Cristo Jesús y en María. Sobre el féretro se han puesto los atributos episcopales: casulla, evangeliario, mitra y báculo que quedan como entrelazadas con su lema episcopal: *In omnibus caritas* (“en todo, caridad”). Esta es, sin duda, la clave para entender su vida: el sacerdocio cristiano no es un fin en sí mismo ni es para nosotros, sino que está al servicio del amor. Ha sido querido por Jesús en función de la vida de la Iglesia, para transmitir su consuelo, su perdón y su gracia, para que todos puedan llegar al conocimiento de la Verdad y del amor. “En esto hemos conocido el amor —nos dice el apóstol—: en que Él dio la vida por nosotros. Así también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos” (1Jn 3, 15s). La paternidad del sacerdote se experimenta dejando espacio a la paternidad de Dios. La gloria y la alegría del sacerdocio consisten por ello en servir a Cristo y a su Cuerpo Místico con amor entregado y olvido de sí mismo. El seguimiento de Cristo es el secreto de la felicidad, porque nos hace gozar ya de la intimidad con el Padre. Es una felicidad que se encuentra cuando no se busca, cuando se pierde la vida por amor al Señor. El sacerdote ha de mostrar en su vida la felicidad paradójica de las bienaventuranzas, algo que se realiza incluso en las lágrimas, en el sufrimiento, cuando se participa de la vida de Cristo. En efecto, en la caridad pastoral característica del sacerdote, viviendo el “oficio de amor” que caracteriza el ministerio, “hemos pasado de la muerte a la vida: lo sabemos porque

amamos a los hermanos” (id.). Con esta brújula con la que se quiso conducir D. Antonio en su vida —*In ómnibus caritas*— nos sigue orientando a nosotros.

Así se comprende la bellísima vocación sacerdotal de la Iglesia que hace presente a Cristo, porque participa del único y eterno Sacerdocio de Cristo. Ningún sacerdote administra algo suyo, sino que participa con otros hermanos en un don sacramental que viene directamente de Jesús. D. Antonio, un hombre de oración, sabía bien que es imprescindible estar con Jesús para poder servir a los demás. En unión con Cristo y los hermanos, cualquier sacerdote puede encontrar las energías necesarias para poder atender a los otros, para hacerse cargo de las necesidades espirituales y materiales con las que se encuentra, para enseñar con palabras siempre nuevas, que vienen del amor, las verdades eternas de la fe de las que también tienen sed nuestros contemporáneos.

Nuestro hermano D. Antonio fue llamado al ministerio episcopal como sucesor de los apóstoles, a quienes el Señor dio autoridad para evangelizar, sanar, expulsar espíritus (cf. Mc 6, 7.13), anunciar la conversión (cf. Mc 6, 12) y la felicidad del Reino. Su vida fue un servicio al Evangelio desde los distintos destinos que se le confiaron. Su ejemplo nos alienta a mostrar al mundo que nos rodea el gozo de conocer a Cristo, y a pedir al Señor la santidad que necesitamos para evangelizar en comunión, sirviéndole en la Iglesia y anunciando la Buena Nueva a los pobres.

Hermanos: Nos consuela la esperanza que compartimos. Todos somos peregrinos en la vida. Dios, en su providencia, ha entrecruzado nuestros caminos para ayudarnos a llegar al cielo. Que nuestra mirada sobre las cosas tenga hoy la luz de la eternidad, y que la fuerza de lo sobrenatural dé peso de vida eterna a nuestras obras. El testamento que nos deja D. Antonio está unido, sobre todo, a la huella de su fe. Por eso, conmovidos, agradecemos a Dios su persona y su ministerio, y pedimos al Buen Pastor que le otorgue la Paz eterna, que lo ilumine con su Luz inmarcesible, acogiéndolo en las moradas celestes con los ángeles y los santos pastores de la Iglesia. Que le abran paso los Santos Mártires Servando y Germán, el Beato Diego José de Cádiz, San Daniel y sus compañeros mártires de Ceuta. ¡Que la Santísima Virgen María, la Virgen del Rosario, de la que siempre fue un fiel devoto, interceda maternalmente por él y le acompañe en el gozo eterno!

Dale Señor el descanso eterno. Y brille para él la luz eterna. Amén.